

MIGUEL ORDUÑA CARSON, *La fiesta de la República. Cultura política en tiempos de Juárez (ciudad de México, siglo XIX)*, México, Grano de Sal, 2024, 232 pp. ISBN 978-607-698-183-2

En sintonía con el renovado interés que ha mostrado en la historia política y cultural del siglo XIX, la editorial Grano de Sal publicó, a finales de 2024, *La fiesta de la República. Cultura política en tiempos de Juárez (ciudad de México, siglo XIX)*, de Miguel Orduña Carson latinoamericanista y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. La obra ofrece, en siete ágiles capítulos y poco más de 200 páginas (incluido aparato crítico), un mosaico de temas articulados en torno a la reconstrucción de un solo episodio: los festejos del sexto aniversario de la batalla de Puebla, ocurridos en la ciudad de México el 5 de mayo de 1868. Se trata de una propuesta arriesgada vertebrada a partir del programa festivo organizado por el Ayuntamiento de la ciudad de México para festejar la ocasión. Comienza en punto de las “Cinco de la mañana” y a partir de ahí recupera los siete estadios de la fiesta (“Diez de la mañana”, “Once de la mañana”, “Una de la tarde”, “Cuatro de la tarde”, “Siete y media de la noche”, “Ocho de la noche”). Tejido a modo de crónica, el texto ofrece, sin embargo, una mirada sincrónica que destaca la geografía urbana, los hábitos conmemorativos, las formas de socialización, la lucha de clases y los conflictos de poder en la capital del país. Más que un estudio sobre las conmemoraciones liberales o un estudio antropológico de la fiesta cívica, la obra de Orduña constituye una perspectiva analítica y sociológica de la coyuntura.

El aniversario de la batalla de Puebla, aquel 5 de mayo de 1868, es la coyuntura como tal. El día de fiesta se analiza como la expresión por antonomasia de las lógicas del poder y de las muchas y complejas dinámicas de integración social y negociación política. El autor escudriña en ella la representación de la idea que el Estado (o sus instituciones) habilitan como nación, al igual que la fuerza humana, social, que la hace posible. Por eso la presencia de sectores sociales en la fiesta, en sus distintos momentos y rituales, es tan relevante. La fiesta es la

coyuntura que, al analizarse, despliega una serie de realidades paralelas de mayor duración, persistencia o complejidad. Los primeros cuatro capítulos se concentran en ello y resulta especialmente interesante la recuperación de la dimensión moral pero también emocional de la cultura política, por medio del estudio de sus distintos gestos rituales: el brindis, el discurso, la vestimenta de los participantes, entre muchos otros. El texto se comporta, por decir así, como un pastel milhojas: finas capas superpuestas, una sobre otra, que nunca terminan de ajustarse del todo. Hay recreación imaginativa pero también análisis, rigor propio de las ciencias sociales, información en abundancia (el aparato crítico es imponente).

Dentro de esta mirada complejizante y diversificada existen, sin embargo, dos asuntos centrales: el espacio y el sujeto social. El primero se desarrolla con mayor énfasis a partir de las “Once de la mañana” (capítulo III). Se nos muestran los límites de la ciudad, sus espacios entendidos no sólo literalmente como espacios de negocio o de habitación, espacios públicos o privados, sino como formas de organización de la vida humana, espacios que expresan, por sí mismos, estructuras de poder, hábitos profundos, transformaciones graduales de la actividad económica, de las formas de vida. Es un tipo de historia urbana que hoy vale la pena celebrar. El interés por el sujeto social, por otro lado, identifica la obra con una historia del trabajo y de los trabajadores urbanos: de sus luchas veladas, su peculiar y contradictoria conciencia o identidad de clase. A partir de las “Cuatro de la tarde” (capítulo V), el libro se vuelve más explícito en sus intenciones profundas. Explica la lucha de los trabajadores artesanos por integrarse en la comunidad política instaurada por la victoria juarista, sus esfuerzos por ser reconocidos como interlocutores, como sujetos de negociación política, como sujetos dignos, además, de participar en el nuevo esquema de jerarquías sociales, la nueva hegemonía política del liberalismo triunfante. Sospecho que no sólo por interés académico, sino por legítima convicción ideológica, el libro va transitando, cada vez con mayor densidad, hacia ese tema.

El festejo popular inaugurado, de acuerdo con el programa, a las cuatro de la tarde, es el pretexto perfecto para que Orduña Carson ofrezca una radiografía o, mejor dicho, una suerte de geografía social de los gremios y grupos artesanos. Tomando en cuenta sus

antecedentes en el siglo XVIII, describe su reorganización a lo largo del siglo XIX sin perder de vista el eje mismo de la festividad cívica. Nos cuenta de las distintas legislaciones, de sus organizaciones en torno a socorros mutuos o mutualidades. Esta amplitud en la escala de análisis se contiene con el regreso al espacio festivo, es decir, literalmente a las calles y espacios de la ciudad que fueron el escenario para la celebración del acto. Pero estas calles y espacios también se describen en función de la distribución de las asociaciones de obreros y artesanos en ese mismo espacio geográfico. Al describir el espacio que habitaban los distintos sectores trabajadores de la ciudad, tanto en su labor cotidiana como en la conmemoración cívica, el autor le da profundidad sociológica e histórica a la reconstrucción de la fiesta.

El cierre de esta reconstrucción tiene lugar a las “Ocho de la noche”, con la descripción de la clausura del acto en el Teatro Nacional, donde el momento estelar fue la representación de la obra *La Patria*, de Joaquín Villalobos, y la interpretación de piezas musicales por parte del coro de artesanos. Como en otros episodios, se recuperan los nombres de los individuos, los detalles del acto, pero también sus implicaciones simbólicas, ideológicas y estrictamente sociales. En todo momento se revisa la lucha de clases, velada o explícita, presente en la elección de la indumentaria, en las nociones de decencia, en la manera, en suma, en que la nueva cultura política incorporó la figura del artesano (y de los trabajadores en general) en términos simbólicos, pero también concretos: cotidianos, sociales y estrictamente políticos.

La conclusión (al igual que la introducción del libro) es breve y podría pasar desapercibida. Sugiero que el lector guarde energías para el final. No le costará trabajo porque, si bien es un libro denso en algunas de sus partes, es de dimensiones muy manejables. De los relatos se dice (sobre todo de los relatos de suspenso) que el final es fundamental, no porque sea lo más importante en sí de la historia, sino porque nos obliga a regresarnos hasta el principio y ver el conjunto con otros ojos. El final de este texto, que poco tiene de relato, es un poco así. Es una suerte de declaración de principios académicos que otro autor habría colocado al principio pero que Miguel Orduña decide ubicar al final. En “Palabras finales”, se narra la dimensión teórica (reflexiva) de la disciplina y de los límites de la narración historiográfica. Se recuperan los grandes problemas que analiza el libro: el orden social,

RESEÑAS

la hegemonía política, la desigualdad, entre otros, con la expectativa, creo, de que uno vuelva a éstos, y otros problemas históricos, con una mirada complejizadora, humilde (en el sentido de reconocer sus propias limitaciones), pero activa y hasta militante en la búsqueda de respuestas y de otros mundos posibles.

Rebeca Villalobos Álvarez

Universidad Nacional Autónoma de México